

ACTAS

III Jornadas de Investigación en Humanidades



Bahía Blanca
1 al 3 de octubre de 2009

Poesía contra el espejo

Mariel Rabasa
Universidad Nacional del Sur
marielrabasa@yahoo.com.ar

Existen textos a los que hay que poner frente a un espejo para poder ver lo que reflejan en relación con el momento de su escritura. Uno de ellos es el poemario *Oro y Piedra* (1918) de Ezequiel Martínez Estrada, de manera que una nueva mirada especular sobre su primera poesía dejará al descubierto calladas voces.

En trabajos anteriores hemos analizado, de manera exhaustiva, los dos primeros poemas del libro *Oro y Piedra*. En ellos afirmábamos que el sentido de la elección y el uso del oro y de la piedra muestran, dan cuenta y reflejan el arte en tanto aseguran lo imperecedero, lo eterno, lo que no se corrompe con el paso del tiempo o, simbólicamente, con el tratamiento vulgarizante que el mundo moderno ha impuesto sobre los valores culturales del pasado. Esto es un intento del poeta por reflejar las cuestiones sociales que devienen en otras de índole mercantilista a través del uso de elementos residuales como reacción al presente burgués. De tal manera que el oro y la piedra se conforman como dos elementos que circunscriben la condición del artista en el mundo moderno, que certifican una clave de distinción que se ha perdido y de la cual sólo cabe ahora experimentar la nostalgia de tal pretérito insigne. Dos elementos en apariencia opuestos pero que sin embargo no son contradictorios, más bien se mancomunan en un aporte residual al pensamiento moderno, mercantilista y burgués. Del mismo modo, es decir, mancomunados y no opuestos, en el volumen aparecen destacados –aunque no únicos– dos códigos bien definidos: el código de referencialidad clásica que lo atraviesa, manifestado a través del vocabulario y de la construcción misma del poemario, y el código cortesancaballeresco de procedencia medieval e inspiración romántica.

El marco teórico que se toma para el análisis, parte de la idea de que la cultura es un sistema de significados en negociación que se instala en un determinado contexto tanto histórico como social. De esta manera los dos primeros poemas del libro *Oro y Piedra* se construyen como un espacio de impugnación del sistema burgués que domina a la sociedad moderna, lo cual se refleja en la producción lírica del autor quien no puede deshacerse totalmente del escenario de negociación cultural que tiene como centro el proyecto del artista desplazado del campo de poder.

A partir de aquí, y extendiendo el análisis a toda la primera parte del libro de poemas de Ezequiel Martínez Estrada, es posible reafirmar lo dicho y completar aquellos primeros acercamientos pensando que esta poesía es un refugio idealizado y segmentado con respecto a un entorno hostil.

En el poema “Perfeccionamiento”, expresiones como “Andrómaca”, “Heracles”, “sirena que encanta” y “hombre que vence al toro”, contribuyen a conformar la atmósfera clásica buscando en esa civilización el consuelo de un presente que hostiliza la labor artística. En clave simbólica puede leerse la referencia a la realidad exterior por medio de la analogía del hombre venciendo al toro como el artista que a través de la poesía logra vencer el mercantilismo actual. Con esto también el poeta logra –por medio de la belleza artística resguardarse en remotas civilizaciones; la poesía es capaz de iluminar aquellas “correspondencias secretas” que aparecen en el interior de los versos.

En 1918, cuando se publica *Oro y Piedra*, Martínez Estrada tiene apenas veintitrés años, y el poema “Juventud mía” sorprende por el tono –un tanto desconcertante- al referirse a la juventud pasada, a la experiencia y a la madurez, lo cual puede interpretarse en relación con la idea de un pasado que se añora, un pasado en relación con la poesía que le antecede.

En “Ernst ist das Leben” (expresión tomada de Friedrich Schiller: “ernst ist das Leben, heiter ist die Kunst”, que se traduce como: “seria es la vida, alegre es el arte”) el poeta advierte que no debemos ser superficiales sino a ir a la esencia, y describe el mundo que habitamos: la maldad escondida, el hábito de ser superficiales, “el gusano que intenta fascinar el criterio”, para terminar diciendo que hay que “respetar en el símbolo la virtud del misterio”, e insta a que “tornemos grave y serio a nuestro interno guía/ que es cláusula en el arte y en la filosofía”. Extraer de nosotros mismos lo mejor, lo mejor en esencia, que para el poeta se relaciona con la poesía y con la reflexión trascendental, simbólica, con la clara idea de sublimación de la belleza a través del arte, un arte que es considerado como la expresión suprema de la existencia en cuyo caso el escritor es su artífice verbal, y lo puede lograr porque posee las experiencias culturales para hacerlo frente al mundo actual que es radicalmente mercantilista.

“Ascensión” se inicia con un campo semántico decadentista por el espíritu agónico que desea plasmar; así, “sol cansado y viejo”, “carmines trágicos”, “sintetiza la agonía del día” y “alucina el silencio” dan cuenta de la nueva sensibilidad del hombre frente al mundo. La correspondencia de los versos: “la brisa es un recuerdo tangible y vasto/ que pasa como un sueño: o es un alma florida”, con la realidad del momento vivida por el poeta se unen en relación con el recuerdo de las pasadas civilizaciones que están presentes como una “brisa”, ese pasado “vasto” y “tangible”. La opción final acerca del “sueño” o del “alma florida”, se torna altamente sugestiva y puede tomarse como aquello que hoy es el fruto del pasado que es capaz de iluminar la poesía presente y la palabra del poeta. La tensión entre el pasado y el presente tan marcada en los primeros versos va cediendo al decir que “Tímidamente acuden, como pájaros fríos/ los instantes pasados...”, para perderse en los versos finales: “(...) y en la íntima calma/ comulga con los genios superiores del alma/ bajo la forma armónica de una mística musa”, en los cuales se advierte el proceso de creación: primero, la tensión inicial entre pasado y presente, luego el peso del pasado para ceder finalmente el paso –armónicamente- a la poesía como cosa sagrada, como expresión suprema de la existencia en la que el poeta se asume como artífice a través de la concepción nietzscheana presente en este poema (también en otros del mismo poemario) con la idea de la agonía de una civilización que llega a su fin. La relación se establece con cuestiones trascendentales, con la sublimación del arte.

Asimismo la tensión entre el pasado y el presente se encuentra en el poema “Ahora”. Ya desde el título se sitúa en el presente, en el hoy, frente a “milenaria”, “recuerdos”, “lejanas”, “reminiscencias” e “iniciales” -campo semántico relacionado con un tiempo pasado-, agónico en la descripción a través de “espinas”, “herida”, “ruinas”, “tercas”, “angustias”, “enferma”. Significativos son los versos de este poema en relación con cómo en el “ahora” el poeta ve que “sobre musgosas ruinas” -es decir, sobre un pasado que ha dejado huellas-, “reza glosas profanas”: se construye algo que no es sagrado, que no sirve ni demuestra respeto a los usos sagrados, sino puramente secular, careciendo de conocimientos y refiriéndose a las cosas del mundo más populares y materialistas -mercantilistas en este caso, y que “bajo días de oro”, o sea, bajo un pasado remoto y glorioso, aparecen “oraciones divinas”: cómo el pasado es

capaz de renacer a pesar del mercantilismo actual y crear desde ese pasado, desde las remotas civilizaciones, y encontrar allí el consuelo para un presente que hostiga la labor del poeta. Por su parte, los “imprevistos sucesos” a los que alude el poeta hacen que su propia vida no le parezca ni “cierta” ni “propia”, para concluir refiriéndose al alma como la “alquimista inconsciente” a modo de idea transcendente: poesía que obra en el pasado y que está instalada en su interior, es la que inconsciente pero esencialmente dará la pauta para contrarrestar el mercantilismo actual.

En “Esperanza madura” resuena fuertemente parte de un verso: “de estas horas amargas” que nos remite al ahora (como en el poema “Ahora” y que cobra sentido al releer el título de este poema). “Esperanza madura” –último de la primera parte-, remite a la madurez en la poesía, pero no por la edad del poeta ni por la creación de este poemario particular sino por la indagación del pasado que ha hecho a lo largo de esta primera parte. El poema se inicia con un deseo: “tengo ansiedad enferma/ de poseer un astro”, léase el don de la escritura -poema, verso o palabra- porque quiere que “brille en las sombras más remoto y más pálido”. Podría indagarse por qué “remoto” y “pálido”: “remoto” porque proviene del pasado, de ese pasado que se tensiona con el presente en varios poemas, y “pálido” porque no debe opacar justamente a ese pasado que el poeta ve sumamente brillante. Sus horas actuales son “amargas” y él tiene deseos de llorar, es decir, es el momento que está viviendo el que le resulta amargo. En el final, el poeta invoca a Dios para que “descienda de la noche a mi alma el lucero remoto”, traducimos simbólicamente: del pasado que está oculto hoy a la luz que proviene del pasado ilustre. Este “lucero remoto” también puede ser leído como la nostalgia del pretérito insigne que se trasluce no sólo en varios de los once poemas que componen la primer parte del libro sino también en las dos partes siguientes del poemario, en las que el poeta retoma - en forma continua y sostenida- la idea de un pasado glorioso, significativo, profundo, de ensoñación, aureolado, entusiástico, luminoso, excelso (expresiones pertenecientes a los versos de las diferentes partes del poemario); incluso en uno de ellos el poeta da cuenta de la búsqueda del artista, del camino que busca el artista por el cual espera a esos otros que lo precedieron y que llevan en ellos, en sus obras, el oro, el tesoro, para la creación de la poesía, con estas palabras: “el alma vuelca un tesoro/De emoción sobre el sendero. Oye el bronce unisonoro/Y espera ver al viajero Que va con su nimbo de oro” (“Mañana Campestre”).

Con el análisis de esta primera parte es posible tener una dimensión del libro en su conjunto, es decir, una dimensión respecto de la representatividad de las ideas que se plasman en los primeros poemas y que son extensibles a todo el poemario dándole unidad. Estas ideas circunscriben la condición del artista y en el presente de este artista particular se encuentran perdidas; por esta razón el poeta busca refugio en la poesía como un mecanismo de defensa frente a las sociedad mercantilista en la que vive.

Con este marco de situación es posible problematizar la idea que da título al trabajo: *Poesía contra el espejo*. El espejo refleja, devuelve imágenes, en este caso no sólo refleja la realidad como la ve el poeta sino que es portadora de contenidos relacionados con la situación del artista frente a esa realidad contemporánea en la que él no se ve reflejado. Leemos en Ezequiel Martínez Estrada el espejismo y lo especular, es decir, no sólo lo que se trasluce de la postura del artista frente al entorno sociocultural en el que se inscribe sino el deseo del artista por diferenciarse de la poesía contemporánea y buscar en las huellas del pasado –remoto, insigne, prestigioso, decimonónico- la base de su poesía de principios del siglo XX.